



MARA SCOUFALOS
MATCH

emecé

Mara Scoufalos

Match

Me gusta dormir sola porque ninguno de ellos es vos.
Ninguno puede ser vos.

Ninguno puede ser vos porque vos estás a un océano de distancia. Un océano que ahora tiene nombre: Pacífico.

Porque en verdad siempre estuviste a un océano de distancia. Un océano de silencios. Un océano de pensamientos. Un océano de emociones.

Un océano que por momentos pareció inexistente; que percibía como un charquito, una distancia ínfima que con un mínimo movimiento de mis piernas nos hacía estar juntos.

Pero ahora creo que nunca fue así.

Ahora sé que siempre estuviste lejos.

Tengo esa cruel certeza.

Y, sin embargo, todos los días sigo esperando tu regreso.

Como si no hubiera un océano, un mar, un río, un lago, un pozo, un charco, una gota que nos distanciara.

Me muevo pero no del todo, porque temo que cuando quieras volver, ya no me encuentres.

2

La primera vez que abrí Tinder lo hice casi a modo de deporte. Me divertía lo monótono de la cruz y el corazón. La dinámica casi de videojuego.

En mi primera conversación me mandaron el *gif* de una porno. Más allá de eso seguí usando mis horas libres para mirar esa vidriera de desconocidos, que al igual que yo, estaban en la misma búsqueda que casi todo el resto de los solteros de la ciudad.

Me aburría muchísimo la introducción, siempre las mismas preguntas, las mismas respuestas. Hasta que un día conversé con un chico que me llamó la atención por su saludo. Creo que me habló del precio del papel higiénico, no me acuerdo bien, pero esa cotidianidad me pareció simpática, hablar de generalidades me atrapaba más que cuando arrancaban a darme un currículum vitae. Llegué hasta ilusionarme por algún momento con este chico, pero con el pasar de los días, y creo que cuando consideró que ya su imagen no iba a

cambiar mi percepción de él, me pasó una de sus redes sociales. El perfil era casi el de otra persona.

Dejé de hablarle.

Sentí el peso de lo falso de todas las interacciones.

3

La segunda vez que abrí una cuenta en Tinder pasaron otras cosas.

Cuando me separé de Iván, mi exnovio, me sumergí en una misantropía extrema. A él y a mi primer novio los había conocido en el trabajo, pero ahora era *freelance* y vincularme o conocer a alguien que mínimamente me gustara de aspecto físico era algo que no sabía bien por dónde encarar.

Pasaba la mayor parte de los días encerrada en mi casa; mi amiga Clara, que estaba en la misma, venía bastante seguido a pasar unos días conmigo. Nos fumábamos un porro y mirábamos los programas de Anthony Bourdain en Netflix, nos quedábamos dormidas hablando de lo perfecto que nos parecía.

En esa rutina, que yo interpretaba como una suerte de depresión postseparación, volví a darme cuenta de que la única vía posible para conocer a alguien era por medio de las redes.

Recuerdo el momento exacto en que lo vi. Estaba a punto de meterme en la cama para aburrirme con la computadora por algunas horas cuando con un pie adentro y el otro afuera me quedé hipnotizada, eran raros los momentos en los que no me ponía en modo automático frenético y apretaba la crucecita casi con compulsión.

«¡Qué pibe más lindo!», pensé. Y eso que a mí no me gustaba casi nadie.

Envidiaba salir a la calle en verano con mis amigos y que les gustara todo el mundo. «¿Viste a ese de la bicicleta?», se preguntaban uno al otro. «Obvio, qué potro». En esa escena que se repitió en *loop* por años yo siempre tenía cara de confusión, como si estuviera mirando una película en finlandés y los subtítulos en español o inglés no estuvieran disponibles, entonces tenía que ponerlos en portugués, para cazar la idea general al menos, pero sin éxito.

Me fui a dormir pensando que había encontrado la aguja en el pajar: uno que me parecía lindo.

«Ojalá me hable. Ojalá me hable. Ojalá me hable y no sea un imbécil», dije en ese momento.

Después de mandarle corazón a su foto no me quedé toda la noche haciendo gualichos, pero vi algo en su sonrisa que me dio la certeza de que ese pibe iba de algún modo a ser relevante. Amor a primer match.

Al día siguiente, por la noche, conversé con el paisano por primera vez. Enseguida me pidió si podía pasarle mi perfil de Facebook. Accedí de inmediato, a diferencia de lo que solía hacer. A mis otros candidatos de Tinder por poco les hacía un examen de ingreso antes de dárselo. Con el paisano no me importó.

Era solo unos meses menor que yo y oriundo de La Pampa. De Santa Rosa, eso me dijo; estaba viviendo en Buenos Aires desde hacía pocos meses y parando en la casa de sus hermanas en Belgrano R. Había estudiado teatro en el exterior durante algunos años y su proyecto del momento era arrancar a trabajar de lleno acá y mudarse solo. Eso era todo lo que sabía de él, o esa fue la versión que me dio a conocer en ese momento.

La mañana siguiente ya era un nuevo contacto en mi lista de amigos de Facebook. Sin poder evitar mi ansiedad entré en su perfil, en un comienzo lo hice

para poder ver sus fotos. Me parecía precioso, nunca había considerado que me gustara un tipo específico de hombre pero de repente era como si se manifestara en su persona, y no podía dejar de convencerme de esto a medida que recorría sus fotos. Era alto, su piel parecía que acompañaba siempre la temporada y una sonrisa con dientes estratégicamente chuecos y el pelo despeinado de la manera correcta lo hacían aún más lindo. Mientras recorría su perfil no pude evitar observar que su muro era una suerte de pequeño altar para unas cuantas chicas. Había de todo un poco: fotos con chicas que incluían declaraciones románticas con diferencia de solo algunas semanas, notas que hacían énfasis en sus gustos y que ellas le dejaban en el perfil intentando captar su interés, breves conversaciones en los comentarios y *selfies* que él mismo se sacaba y en las que recibía un sinfín de halagos de sus candidatas.

Él era muy lindo, en esa medida exacta de belleza cotidiana y casual que lo hacía todavía más atractivo y que al mismo tiempo justificaba la repercusión que tenía entre lo que parecía una suerte de audiencia femenina. Su versión virtual se contradecía con la manera en la que se había presentado conmigo, hasta parecía tener cierta timidez al interactuar. Decidí ignorar toda esta información, continuar conociéndolo desde mi experiencia y ver a dónde me llevaba esa apuesta. No fue un plan muy inteligente.

Con el pasar de los días intenté seguir manteniendo conversaciones circunstanciales con algunos otros pretendientes, pero siempre priorizando la conversación con el paisano. Charlábamos por Facebook, y un día mientras perdía el tiempo con un juego en línea

con un candidato que se llamaba Augusto, y que en verdad no me gustaba en absoluto, le mandé un mensaje de audio al paisano. Ahora todos nos mandamos mensajes de audio, hasta con desconocidos. Cuando aparecieron los audios en Facebook no funcionaba así, eso estaba reservado para la gente que uno de verdad conocía.

Mientras jugaba a los jueguitos con la pantalla completa, para no perder el juego al tener que moverme de una ventana a otra, decidí agarrar mi celular y mandarle un audio de respuesta. Él me respondió que le gustaba escucharme porque se había preguntado cómo sería mi voz.

Qué tierno.

Qué cursi, también, pero me gustaba un poco que fuera así.

Lo que más me enganchaba de conversar con él era que se mantenía a una respetuosa distancia de mi vida; con otros candidatos, siempre que empezaba a entrar en detalle sobre mis intereses o actividades, ya se sentían autorizados a invitarse a cualquiera de esas situaciones. Por ejemplo, si yo les comentaba que estaba cocinando algo rico para comer, me decían: «¿Y cuándo para mí?». Y yo por dentro pensaba irritada que nunca, porque no los conocía ni me interesaban.

Pero el paisano solo respondía con entusiasmo pero sin entrometerse, algo como: «Qué bien que vas a comer eso».

Un día, después de hablar bastante, y después de que le pasara uno de los tantos textos cortos que escribía en una de las tantas libretas que coleccionaba y que por alguna razón había pasado a la computadora, me preguntó si me gustaría tomar una cerveza con él algún

día. Yo estaba esperando una invitación desde el día cero, y para el 2016 no andábamos tan deconstruidos, quería que él me invitara.

Quedamos en conocernos un viernes después de que él saliera de rendir un examen de ingreso a una facultad de artes combinadas. Me preguntó dónde nos podíamos encontrar, y le pasé el dato de una cervecería, bastante fea, a la que había ido pocos días atrás con una amiga después de hacerme el septum en la nariz en la Galería Bond Street. Le gusta el tipo, ¿por qué lo lleva a una cervecería fea? Bueno, estaba cerca de una pizzería a la que pensaba llevarlo en algún momento de la noche, y me quedaba relativamente cerca de casa en caso de que algo de la cita fallara.

Los minutos previos habían sido de puro nerviosismo, no me acordaba siquiera cuál había sido mi última cita. Con Iván, mi ex, no habían existido las citas, trabajábamos juntos en un *call center* de Microcentro y antes de permitirme ser algo en su vida, él ya me había dado el privilegiado rol de polvo circunstancial. Cuando estaba más cariñoso nos encontrábamos en las escaleras

de emergencia a chapar. Yo me la pasaba llorando todos los días como si estuviese en el secundario, porque me encantaba y lo quería, pero él estaba envuelto en un conventillo de quilombos con minas adentro del trabajo, así que se excusaba en eso para no formalizar conmigo. Cuando nos echaron a todos no le quedó más opción que transformarnos en otra cosa.

Ese momento me dio una breve esperanza de cambio, dejaba atrás la seguidilla de trabajos explotadores, con la suerte de haber terminado una carrera terciaria de vestuarista a la par. No me gustaba la carrera en el fondo, pero era para lo único que me daba el tiempo después de trabajar nueve horas por día para subsistir; aunque me daba más culpa admitir que en realidad no tenía interés por casi nada. Por eso, cuando me indemnizaron y tuve que buscar un nuevo trabajo ni siquiera me esforcé en encontrar algo relacionado con el rubro. Mi plan era vivir con ese dinero lo más que pudiera, y así tomarme unas vacaciones de los trabajos de mierda que me habían acompañado desde la salida del secundario.

Un día, por casualidad, un amigo me pagó por traducirle un texto del inglés al español para un trabajo práctico que tenía que presentar, y con el paso del tiempo logré sobrevivir de manera *freelance* haciendo traducciones. Vivía bastante al día pero no me importaba, me había prometido nunca más volver a trabajar en una oficina en donde tuviera que pedir permiso hasta para ir al baño.

Cuando me separé de Iván mi misantropía solo se vio en aumento. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en mi departamento sobre la calle Juan B. Justo, y solo salía cuando no me quedaba mayor

opción que pretender algún tipo de vida social de la cual siempre terminaba renegando. Cada vez que salía lo único que quería era volver a mi casa, pero una vez que llegaba lo inmenso que me resultaban esos dos ambientes me consumía por completo. Me consumía el frío de los espacios enormes típicos de las edificaciones antiguas, la humedad, pero también no soportar estar sola, los cigarrillos y una relación adolescente con la comida fluctuando entre atracones y semanas de ayuno.

Pensé en detalle qué ponerme para la cita, siempre iba con la misma fórmula: atractiva pero sin llegar a «buscona». Ya mi cuerpo resultaba provocador sin siquiera intentarlo. A los quince años me salieron unas tetas que me duraron un tiempo y eran bastante llamativas y del lado de mi familia paterna todas éramos culonas: dos atributos básicos que generaban atención en un tipo promedio. Aunque yo jamás me sintiera reflejada de esa manera, así me veían todos, con curvas e histeria innata.

Me puse un top de mangas tres cuarto azul marino con finas líneas horizontales blancas, un jean negro de tiro alto y la parca verde militar. Me pinté las uñas de rojo y me maquillé sutilmente, porque siempre está esa idea de que «al natural somos más lindas», aunque en ese momento en realidad me divertía usar un montón de maquillaje. Cuidé hasta el último detalle de mi apariencia.

Sin saber de dónde tomar coraje para afrontar la situación, me fumé un porro y después varios cigarrillos seguidos, tantos que cuando me subí al colectivo unas chicas que estaban cerca empezaron a gesticular por el olor a nicotina que emanaba de mi ropa. De los

nervios, al pensar en llegar apestada a la cita, arranqué a abanicarme en el colectivo como menopáusica frenética. Me bajé un par de cuadras antes, donde recordaba había una farmacia, y me compré un perfume de cartera berreta. Como era de esperarse solo la cagué más, ahora tenía encima el perfume inicial (ese era bueno, uno posta), mil puchos, algo de olor a paraguayo y, de broche de oro, perfumito Farmacity.

La situación me tenía extenuada y ni siquiera había arrancado, así que cuando llegué me quedé fumando un cigarrillo a media cuadra del lugar, hasta que en un intento por superar mi fobia social, para nada trabajada, me encaminé hasta el bar. Observé las mesas del exterior y no lo vi, aunque sabía que él ya estaba ahí, me había avisado. Cuando puse los pies adentro del bar, lo encontré sentado en una mesa, se levantó de golpe y de manera torpe, casi tira la mesa de pino a la mierda. Sin siquiera saludarlo con un beso y haciendo señas desde la puerta le indiqué que fuéramos a una de las mesas de afuera. Él accedió automáticamente y tomó su morral de cuero marrón del piso.

Me ubiqué en una silla de plástico azul con el logo de Quilmes, y mientras lo veía acercarse me di cuenta de que tenía puesta una remera de Robert Mapplethorpe. No conocía a nadie excepto a mi hermana que supiera de su existencia. Para mí fue como una señal cósmica.